

La Arboleda Imposible

B1C03 — La Arboleda Imposible

La armonía de la presencia de Gabriel se había desvanecido, un miembro fantasma de luz que ya se borraba de la memoria. En su lugar, la abrasiva realidad de Serephis regresó, restregando los sentidos de Miguel hasta dejarlos en carne viva. El cielo de un púrpura amoratado parecía oprimirlo, drenando el calor de su propia luz celestial. El único sonido era el agudo y penetrante crujido de la arena cristalina bajo sus botas blindadas. El pulso insistente en su pecho, antes una guía, ahora se sentía como un cómplice, una vibrante afirmación de la elección que acababa de tomar.

Se llevó la mano al pecho, no por dolor, sino como para estabilizar la resonancia. Traición. La palabra resonó en el súbito vacío de su mente, un veredicto dictado por una ley que él había defendido durante milenios. Pero el pulso respondió con una sensación de certeza, un zumbido profundo e innegable que contradecía todo lo que él había sido. Apretó la mandíbula, con la mirada fija en el horizonte por donde su hermano había desaparecido. Un nudo frío de finalidad se le apretó en las entrañas. Él había elegido esto. ¿Y si el Consejo tenía razón? ¿Y si este no era un camino hacia una respuesta, sino hacia la propia condenación?

Dio un deliberado paso al frente; el crujido de la arena fue una declaración. Con ese único movimiento, aceptó conscientemente el manto de traidor. El acto fue a la vez liberador y aterrador. Pensó en los juramentos que había prestado, en las legiones que había comandado, en la fe inquebrantable que había sido el cimiento de su existencia. Cada uno se sentía como una cadena que acababa de romper voluntaria e irrevocablemente. ¿Era esto libertad, o solo un tipo diferente de jaula?

El viento de Serephis arreció, una abrasión física que reflejaba su estado interno. Azotaba afilados granos de arena contra su armadura con un sonido como el de mil navajas diminutas. Su paso, que había sido cansino en presencia de Gabriel, era ahora mesurado, cargado de un propósito que era enteramente suyo. Los hombros que se habían encorvado bajo el peso de la súplica de su hermano ahora se erguían contra el viento. Una oleada de energía desafiante lo recorrió, mezclada con una soledad tan profunda que era un dolor físico. Ahora estaba verdadera y absolutamente solo.

El caótico paisaje pareció responder a su determinación. Donde antes las dunas habían sido un mar informe y cambiante, ahora comenzaba a surgir un sendero. No era un camino de piedra o de luz, sino una sutil alineación en el caos, un

corredor de relativa quietud donde las arenas cristalinas se movían con menos violencia. El sendero conducía directamente hacia el origen del pulso.

Se preguntó si era real o un engaño de su propia mente desesperada. La advertencia de Gabriel sobre el engaño demoníaco, sobre una mente comprometida, resonó con renovada urgencia. Reprimió la duda. Volver atrás ahora era admitir que su hermano tenía razón, que todo este viaje era la misión de un necio. Ajustó ligeramente su rumbo, un pequeño acto físico de confianza en lo desconocido. Su respiración, antes agitada por la zozobra, se acompasó, volviéndose más rítmica con cada paso. Era un destello de esperanza en guerra con una sospecha muy arraigada.

El crepúsculo perpetuo de Serephis comenzó a intensificarse. Las estrellas erráticas, normalmente un pulso lento y caótico, ahora latían más rápido, su luz frenética contra un cielo que pasaba de un púrpura amoratado a un profundo índigo salpicado de estrellas. Creaba una desorientadora sensación de que el tiempo se aceleraba hacia una conclusión. La temperatura descendió notablemente, y el aire se enrareció y se volvió cortante en sus pulmones.

Se ajustó la capa, un gesto más contra el frío espiritual que contra el físico. Pensó en la luz inmutable y eterna del Celestial Bastion, en su gracia perfecta y predecible, y sintió una punzada de nostalgia. Sus ojos escudriñaron el cielo caótico, buscando una constelación familiar, algún ancla al orden que había abandonado. No había nada. Estaba a la deriva de todo lo que había conocido, avanzando hacia un lugar donde las leyes del Cielo ya no regían.

El movimiento desorientador de las estrellas le trajo un recuerdo, vívido y doloroso en su claridad. Vio el Gran Orrery en la Celestial City, un lugar de armonía perfecta y predecible. Por un momento, el crujido de la arena bajo sus botas evocó el suave y resonante tintineo del Orrery, y la caótica luz estelar pareció alinearse brevemente en las órbitas perfectas y silenciosas de galaxias que una vez conoció por su nombre.

Recordó haber trazado aquellos senderos celestiales con Gabriel cuando eran jóvenes, la serena comodidad de saber cuál era tu lugar en un cosmos perfectamente ordenado. Esa certeza se había ido para siempre, rota por la herida en su pecho y la elección que había tomado. Una leve y triste sonrisa asomó a sus labios, y luego se desvaneció cuando la visión se disolvió de nuevo en la dura realidad de Serephis. Sacudió la cabeza ligeramente, como para aclarar la imagen, forzándose a concentrarse en el presente. No solo estaba lejos de casa; quizá había destruido su propio camino de regreso. El dolor de esa pérdida era una herida nueva sobre la antigua.

El sendero lo condujo a la base de la duna más grande hasta el momento, una imponente masa de cristal cambiante y afilado como cuchillas que bloqueaba el horizonte. Era el último obstáculo físico de su viaje. Comenzó a subir, sus botas

blindadas hundiéndose en la arena resbaladiza, cada paso, un esfuerzo extenuante. El sonido era ensordecedor: un constante y agudo crujido y chirrido de cristal que le crispaba los nervios. La luz de las estrellas palpitantes proyectaba sombras afiladas y danzantes que hacían que la traicionera pendiente pareciera retorcerse.

Se inclinó en la subida, usando sus manos con guanteletes para mantener el equilibrio, el metal raspando contra el afilado cristal. Su respiración era dificultosa, visible en tenues penachos de vaho en el aire frío y enrarecido. Su cuerpo le instaba a detenerse, pero el tirón espiritual de su pecho era más fuerte, una presión constante contra el dolor y el agotamiento. Un paso. Luego otro. Y uno más. ¿Qué podría encontrar en la cima que justificara todo esto?

Estaba a mitad de la agotadora pendiente cuando el aire cambió. La abrasiva y estéril arenilla de Serephis se vio súbitamente interrumpida por un nuevo aroma: fresco, limpio y completamente ajeno al desierto. Se detuvo en seco, levantando la cabeza e inhalando profundamente, y todo su cuerpo se puso en alerta. No era un aroma del Cielo, ni de ningún mundo en el que hubiera luchado. Era nítido y claro: ozono, como el aire tras la caída de un rayo, y el olor húmedo y terroso de la piedra mojada. El aroma de la vida en un reino de muerte. Su agarre en la ladera cristalina se tensó. El final estaba cerca, y no era lo que había esperado.

La adrenalina y una feroz curiosidad lo inundaron, dando nueva fuerza a sus miembros fatigados. Trepó los últimos metros hasta la cresta de la duna, sus guanteletes clavándose en el afilado cristal, y se izó por encima. Cayó sobre una rodilla, en parte por agotamiento, en parte para ofrecer un blanco más pequeño, y observó.

Debajo de él, en el corazón del caótico desierto, había un círculo perfecto de quietud imposible. Una arboleda de árboles con hojas de plata refulgía, emitiendo una suave luz interna que hacía retroceder el opresivo crepúsculo. El aire dentro de la arboleda parecía en calma perfecta, un marcado contraste con el aullante viento que azotaba la duna. Su mente luchaba por procesar la contradicción. Era como encontrar un estanque perfectamente plácido en el centro de un mar embravecido. No debería existir. Tenía que ser una ilusión.

Entrecerró los ojos, escudriñando en busca de cualquier señal de movimiento, cualquier indicio de amenaza. No había nada. Era la cosa más hermosa que había visto jamás, y cada instinto que poseía le gritaba que era, por tanto, lo más peligroso. El asombro se mezclaba con un pavor profundo. ¿Era esta la fuente del pulso?

Se concentró en los detalles, su mente táctica buscando el fallo, el truco. Y entonces lo vio. Los árboles resplandecientes, con sus suaves hojas plateadas, no proyectaban sombras. Intentó buscarle una explicación lógica: una propiedad de este reino, un truco de la luz. Pero su conocimiento celestial, la parte de él que

entendía la arquitectura fundamental de la creación, confirmó la transgresión. La luz debe crear sombra. Era una regla tan absoluta como la causa y el efecto. Este lugar estaba quebrantando una ley de la realidad. Un miedo profundo e intelectual comenzó a reemplazar su pavor inmediato. Esto no era solo una trampa; era un lugar que operaba bajo principios diferentes, creado por un ser de poder inimaginable.

Mientras su mente lo instaba a retirarse, la vibración en su pecho hacía lo contrario. El pulso insistente y exigente que lo había impulsado a través del desierto se suavizó hasta convertirse en un zumbido suave y acogedor. Su propia esencia sintió una sensación de paz, un sentimiento de pertenencia que no había conocido en milenios. El conflicto era agónico. Cada parte de su entrenamiento, su lógica, su propia identidad como comandante del Cielo le decía que diera media vuelta y huyera. Pero el profundo consuelo en su alma fatigada era innegable. ¿En qué parte de sí mismo debía confiar?

Su mano, que había estado cerrada en un puño, se abrió lentamente. Se descubrió inclinándose hacia adelante, atraído por la sensación de paz en contra de su buen juicio. La suave luz de la arboleda parecía pulsar al compás del nuevo y más tenue zumbido en su pecho. La energía caótica de Serephis se sentía a un universo de distancia, mantenida a raya por la barrera invisible de la arboleda.

Comenzó el descenso, con pasos lentos y cautelosos. Al acercarse a la base de la duna, el viento de Serephis cesó abruptamente. Un momento aullaba, al siguiente no había nada. Un silencio tan absoluto que lo oprimía, presionando contra sus oídos y su espíritu. Estaba acostumbrado al silencio del vacío entre mundos, pero este era diferente: una quietud activa y pesada que parecía absorber toda energía. Se detuvo, inclinando la cabeza, y golpeó su guantelete contra el peto. El clangor resultante fue sordo, engullido al instante por la quietud opresiva.

El silencio comenzó a afectar su estado interno. Intentó formular una evaluación estratégica de la arboleda, pero los pensamientos llegaban lentamente, como si se movieran a través de un espeso sirope. Su voz interna, su compañera constante a través de eones de mando y soledad, era ahora un susurro débil y distante. Sacudió la cabeza, esta vez con más fuerza, intentando despejarla, y se concentró en la sensación física de su propia respiración para anclarse. Un nuevo tipo de miedo comenzó a crecer: la pérdida del yo. Si no podía pensar con claridad, no podía luchar. No podía razonar. ¿Era esta la trampa: ser apaciguado hasta caer en el olvido?

Llegó al borde de la arboleda. La frontera entre la áspera arena de cristal y el suave suelo verde era una línea perfecta e inmutable. Cruzarla sería un acto definitivo. La diferencia de temperatura a cada lado de la línea era palpable. El aire de Serephis era frío y cortante; el aire de la arboleda era fresco y suave. Se detuvo con un pie en cada mundo, al borde de una gran elección. El rostro de

Gabriel, grabado con pena y preocupación, apareció en su mente. Aún podía dar marcha atrás, huir de este santuario antinatural y de la elección imposible que presentaba. El desierto era un infierno conocido; la arboleda, un cielo desconocido. ¿Qué era peor?

Pero el suave zumbido de su pecho era insistente, una silenciosa promesa de regreso a casa. Respiró hondo y cruzó el umbral.

En el momento en que estuvo dentro, el impulso de analizar y luchar se desvaneció, reemplazado por una simple y profunda sensación de *ser*. El silencio se hizo más profundo, pero la sensación de paz se intensificó, un alivio tan poderoso que resultaba desorientador. La guerra, la duda, el dolor... todo se sentía lejano, la historia de otra persona. El suelo era blando bajo sus botas, como musgo sobre piedra antigua. El aire olía intensamente a ozono y a tierra húmeda. La luz plateada de los árboles era tranquilizadora, bañando su armadura en un suave resplandor.

Su postura se relajó. La tensión que había habitado en sus hombros durante siglos se disolvió. Dejó escapar un aliento que no se había dado cuenta de que contenía desde el día en que apareció la herida. Sintió que ya había estado aquí, en un sueño o en otra vida. Pero una pequeña parte lúcida de él, la que aún era un comandante, se hizo la pregunta persistente: ¿era esto paz, o era rendición?

El zumbido de su herida resonaba ahora perfectamente con la energía silenciosa de la arboleda. El origen ya no era una llamada lejana, sino una presencia inmediata, atrayéndolo hacia el interior. Ya no se sentía arrastrado, sino bienvenido. La distinción era crucial. No era un suplicante que llegaba a un santuario; era una llave que regresaba a su cerradura.

La luz de los árboles pareció intensificarse ligeramente a medida que avanzaba, iluminando un sendero tenue y desgastado que conducía hacia el centro de la arboleda. El silencio se sentía ahora menos opresivo y más expectante. Comenzó a caminar, sus pasos, seguros y firmes. Apartó la mano del pecho; ya no necesitaba tocar la herida para sentir su propósito.

Pensó en Gabriel una última vez, con la silenciosa esperanza de que su hermano algún día comprendiera que este no era un camino de traición, sino de necesidad. Tenía que saber qué le fue arrebatado, qué había estado esperando este lugar para devolvérselo. El camino ante él estaba moteado por la suave luz sin sombras. El aire estaba quieto y fresco. La arboleda esperaba, paciente y ancestral. El miedo había desaparecido, el asombro se había atenuado. Todo lo que quedaba era la necesidad de una respuesta. ¿Qué yacía en el corazón de este lugar imposible?